

OTTO BAUER

## Bloque de Derecha y Bloque de Izquierda en la Internacional



En febrero y marzo de 1933, bajo la impresión del triunfo de la contrarrevolución en Alemania, el Bureau y la Ejecutiva de la I. O. S. (Internacional Obrera Socialista) se declararon dispuestos a negociar con la Internacional Comunista las bases de una acción común contra el fascismo. La Internacional Comunista contestó con desdén. En los grandes partidos proletarios de Europa seguía viendo los conocidos "traidores sociales", "socialfascistas" y "baluartes de la burguesía", con quienes toda colaboración resultaba imposible e indeseable.

Desde entonces, la Internacional Comunista ha cambiado de actitud. Bajo la presión del imponente movimiento de contraataque con que las masas obreras de Francia supieron responder a la tentativa de golpe fascista de 6 de febrero, con sus motines en las calles, que se llevaron por delante al último Gobierno de izquierda francés, el Partido Comunista, que apenas hacía unas semanas acababa de excluir a Doriot de sus filas, por haber iniciado una política semejante en Saint-Denis, se decidió resueltamente en pro de una acción común con el Partido Socialista francés, proclamando como su principal objetivo "la defensa de las libertades democráticas".

Era la nueva consigna, táctica de la Internacional Comunista. No sólo en Francia los comunistas proponían a los socialistas alianzas de ese tipo. Cuando en octubre último la Internacional Comunista convocó a una reunión conjunta en Bruselas, para venir en ayuda de aquellas masas proletarias del continente empeñadas en una lucha similar a la de Austria, sus delegados, Cachin y Thorez, limitan sus conversaciones con Vandervelde y Adler a ese punto concreto. No se habla sino de eso, ni llevan los representantes de la Tercera Internacional mandato que extienda más allá sus poderes. Pero el simple hecho de la reunión de Bruselas aviva en grandes sectores del proletariado mundial la esperanza de que dicha iniciativa conjunta de solidaridad sea el punto de partida para una verdadera alianza de ambas Internacionales, contra el fascismo y contra la guerra.

Se explica, pues, que las reuniones recientes de la Ejecutiva de la Internacional Obrera Socialista en París girasen esencialmente en torno de dicho tema. Antes ya de ser convocada la Ejecutiva, le constaba a todo el mundo hasta qué punto las opiniones de los diversos partidos que integran la Internacional Socialista eran encontradas. Dentro de la I. O. S. se

marcaba una diferenciación profunda, cual no se había conocido desde el Congreso de Hamburgo de 1923, que sella su nacimiento. La cuestión de la unidad de acción con los comunistas ha dividido a la I. O. S. en dos bloques de partidos. Uno de ellos lo forman el partido laborista británico y los partidos socialistas de Suecia, Dinamarca, Holanda y Checoslovaquia. Corresponden a los países de régimen democrático. Son partidos que, o bien están en el Gobierno, como en Suecia y Dinamarca, o bien se sienten, a través de una serie de elecciones parciales consecutivamente ganadas, en vísperas de alcanzar el Poder, como es el caso de los laboristas.

Nadie puede desconocer que los acontecimientos de los dos últimos años, el triunfo del fascismo en Alemania, en Austria, en Letonia, ha ido orientando a ese grupo de partidos cada vez más a la derecha. Su interpretación especial de los revés sufridos por la clase obrera les ha llevado a la conclusión de que es inútil que el proletariado quiera luchar por las armas contra un poder dotado de los medios guerreros de combate que tiene hoy en sus manos un Estado moderno. Si el triunfo en las barricadas es imposible, habrá que buscarlo por otros procedimientos. En todos los países democráticos, la burguesía oscila entre la democracia y el fascismo. En todos los países democráticos, el fascismo fomenta y utiliza el pánico que en los núcleos agrarios y de la pequeña burguesía provoca, bien manejado, el espectro de la dictadura obrera, para presentar como única salida las soluciones gubernamentales de fuerza. Partiendo de tal argumentación, es natural que los partidos socialistas que forman ese primer bloque denuncien como extremadamente peligrosa toda política de aproximación a los comunistas. Estiman que cualquier acercamiento pondría en peligro su táctica de suavización de los antagonismos actuales, y sus esperanzas de ir eliminándolos mediante una prudente conducta democrática que fortifique los resortes normales del poder liberal, e impida que esos llamados sectores intermedios de clase caigan del lado del fascismo.

El que haya sido justamente esa misma política la practicada en Alemania; el que, a pesar de practicarla, con singular tenacidad, la Social-democracia alemana no lograra los resultados apetecidos; el que, pese a todas las prudencias, esos mismos elementos a quienes se deseaba no herir se inclinasen en último térmi-

no, de un modo decisivo, al hitlerismo, todo eso, con ser experiencia histórica reciente, se ha olvidado ya. Hubiesen querido, por lo visto, repetir el ensayo todavía en otras partes, y que el socialismo austriaco hubiese agotado también hasta el fin, cualesquiera que fuesen las dificultades, "la cooperación con el Estado", y que en otros sitios se hubiese igualmente sorteado la tormenta del avance reaccionario, sin recurrir a la fuerza, con persuasión, con paciencia, aguardando a que sonase de nuevo la hora democrática.

De otro lado, hay que tener en cuenta que en todos esos sitios, excluyendo Checoslovaquia, las fuerzas comunistas son más bien insignificantes. Sus partidos socialistas están convencidos de que una acción común con los comunistas apenas significa un refuerzo de sus posiciones. Por el contrario, tales aproximaciones pueden enajenarles la simpatía o la neutralidad de algunos sectores de la pequeña burguesía y del campesinado. De ahí que declinen rotundamente toda unidad de acción.

Ya antes de la reunión de París había declarado abiertamente Albarda, el líder de la Socialdemocracia holandesa, que su partido saldría de la I. O. S. si ésta se decidía a entrar en negociaciones con la Internacional Comunista para una alianza de lucha. No cabía duda que contaba con el apoyo del Partido laborista británico y de los socialdemócratas de Escandinavia y Checoslovaquia.

Frente al bloque de derecha se halla la izquierda de la I. O. S., profundamente convencida de que en los momentos actuales no hay nada más urgente ni más indispensable que la unidad del proletariado, y que el primer paso hacia esa unidad es la inteligencia con la Internacional Comunista.

A la cabeza del bloque de izquierda se halla el Partido Socialista francés. La razón es clara: está en los acontecimientos del 6 de febrero de 1934, que dominan aún hoy la política de Francia. El hecho de que las algaradas fascistas de París consiguiesen dar en tierra con un Gobierno de izquierda que disponía de una inequívoca mayoría en la Cámara, abrió los ojos a las gentes sobre los verdaderos vuelos que iba tomando el fascismo en el solar de la República. Para realzar todavía más la trascendencia de todo aquello, estaba la coincidencia con los sucesos de Austria. Una poderosa contracorrente de defensa sacudió cuanto hay de más auténtico en el republicanismo francés, reverdeciendo en el pueblo de París su mejor tradición jacobina. No son sólo los partidos socialistas y comunistas los que se aprestan al contraataque.

Instantáneamente cesan las disputas inútiles dentro del movimiento obrero francés. Miles de obreros a quienes el espectáculo de discordia, de controversia envenenada y estéril de los últimos diez años, habían alejado con repugnancia de las asambleas de uno y otro partido, vuelven a llenar las salas, donde la palabra alterna de propagandistas socialistas y comunistas deja entrever ya un camino claro de esfuerzo solidario y eficaz. Y el resultado es tal, que hoy día, dentro del Partido Socialista francés, donde siempre fué abundante la variedad

de matices, no hay nadie que se pronuncie en contra de la unidad de acción.

Si eso ocurre en un país como Francia, en que el fascismo no pasa todavía de ser una amenaza, habrá que preguntarse si la unidad de acción no está más que sobradamente justificada allí donde el fascismo es ya un hecho. Donde socialistas y comunistas han pasado por la misma experiencia amarga, la polémica entre la táctica del reajuste, de ir tirando, de ir sorteando el peligro fascista, y la otra táctica, carece de sentido. Es la llamada burguesía liberal la que se ha encargado de dejar dicha controversia reducida a un debate insubstantial, rebasado por la realidad. En los sitios de que se ha adueñado ya el fascismo, toda dispersión de fuerzas es disparatada y suicida.

Pero no es sólo la situación especial en cada país la que debe ser tenida en cuenta, sino la situación total. Para la marcha ascendente del fascismo no ha sonado todavía la voz de alto. Si es cierto que la magnífica reacción del proletariado francés ha detenido sus avances en Francia, no creo que el sentido bien agudo de nuestros camaradas franceses les incline a juzgar la batalla como definitivamente ganada. Y en Francia se decide la suerte de la democracia europea. Es inútil que sobre esto se hagan ilusiones nuestros camaradas de otros países democráticos más pequeños. Una derrota de las instituciones democráticas en Francia por ataque fascista, supone la desaparición, más o menos rápida, de las otras democracias continentales. Es así, con ese concepto de totalidad, como hay que enfocar la conveniencia de la unidad de acción.

Al mismo tiempo, cada día crece el peligro de una nueva guerra. En el Sarre, en el Danubio, en varios sitios a la vez, se acumulan y agravan los conflictos que amenazan la paz mundial. El desequilibrio producido en las relaciones potenciales de fuerza, por la carrera armamentista de Alemania, da a cada conflicto local los riesgos de convertirse en cualquier momento en pretexto de una nueva conflagración. Un estadista tan sobrio y temperamentalmente tan adverso al pesimismo sensacionalista como Benés, decía hace poco en el Parlamento de Praga que en los próximos doce o dieciocho meses se decidiría la suerte de la paz. Y el proletariado europeo tiene que pensar ya desde ahora en que puede llegar un momento en que en el centro de los nuevos conflictos se encuentre todo el futuro de la gran revolución rusa. Debe preguntarse si ante tales perspectivas y los deberes que una tal posibilidad le impone, le es lícito tolerar que las fuerzas proletarias sigan cada una marchando dispersas por su lado.

Es cierto que hasta hace poco era la Internacional Comunista la que, con su actitud, hacía imposible todo acercamiento. ¿Pero es ése el caso hoy? La Unión Soviética se encuentra amenazada por dos sitios distintos: en el Este, el imperialismo japonés; en el Oeste, el fascismo alemán y polaco. El peligro de una guerra doble tenía que llevarla, como la ha llevado, a buscar ayudas eficaces. Su nueva política de acercamiento le ha permitido entenderse con Francia, con la Pequeña Entente y los países del Báltico. Ha entrado en la Sociedad de las